

1993

**Hermandad de Auroros
Nuestra Señora del
Rosario de Santa Cruz**

Manuel Muñoz Cortés -

Profesor Emérito de la
Universidad de Murcia.

Académico de número de la
Real Academia de Alfonso X, El
Sabio.

Murcia - 1993



[CON LOS AUROSOS SIEMPRE, CON AMOR Y CON RAZÓN]

En esta contribución mía a este libro que, al fin, representa un reconocimiento de la importancia total de los Auroros, he querido prescindir de todo lo que puede ser análisis, estudio de este objeto cultural que es la música con letra, integral voz humana, de la Aurora..

En esta contribución mía a este libro que, al fin, representa un reconocimiento de la importancia total de los Auroros, he querido prescindir de todo lo que puede ser análisis, estudio de este objeto cultural que es la música con letra, integral voz humana, de la Aurora. Afortunadamente contamos ya con estudios de gran valor, escritos por etnógrafos y etnomusicólogos, sobre las estructuras de estas obras de arte, y de su expansión en España, así como de sus paralelos en otros ámbitos culturales del Mediterráneo. Por mi afición a las músicas antiguas y tradicionales puedo establecer esos acordes y coincidencias, pero sin pasar mucho más de la emocionada recepción y de algún saber no muy hondo. Repetiré porque repetir es importante. Y para repetir traigo aquí algunos testimonios míos, y algunas obras de amor mías y de otros, más importantes, pienso, de amor e impulso de esta Obra-Bien-Hecha que es la música vocal de los Auroros.

Curiosamente el título de un artículo mío cuya fecha no he podido precisar (dejo el trabajo para algún erudito) acuñé la calificación de los Auroros, como **“voz profunda de la huerta”**.

• Voz profunda de la Huerta en Jueves Santo

Debo comenzar por un recuerdo. Debo recordar con emoción un descubrimiento. Y debo decir mi fidelidad a él, por importante y enraizado en mi vivir.

Yo, peregrino en mi patria, raigalmente extremeño, pero por ello más de vuelo que de queda, abierto a todo paisaje, palabras, ser, amor, canción, saber que se me aparezca como nuevo, he vivido y enseñado a vivir en la riqueza del mundo, y me repito aquello de San Pablo, perdón, de mi amigo Juan Ruiz: “Probar todas las cosas que el Apóstol nos manda”.

Y es verdad, para hacer cierta la lección del buen Arcipreste que muchas veces, demasiadas, se hace “fiera demanda”. Pero no fue así en Murcia, un Jueves Santo. Aquel día al salir de la iglesia oí unas voces extrañas, mi expectación se tensó: eran voces imperfectas, sí, con error, la perfección se estima que sea la impostación y la educada tensión; pero más que perfectas eran penetrantes. Me recordaban quizás, las veces de los soldados moros en las noches de guerra, o las antífonas de los saharauis oídas al borde las jaimas en Ifni, o quizás algún coro del Renacimiento oído en Alemania. Voces en contrastes de agudos y graves (esta tarde oyendo algunas canciones de los Beatles, con mis hijos he sentido esa comunidad con lo que estoy recordando, ese valor de las voces agudas de hombres, tan tremendamente conseguidas en los coros de las catedrales, por ejemplo en Murcia, hace siglos o en las cortes barrocas inglesas o en el Madrid ilustrado). Era una sensación que penetraba como un cuchillo, que golpeaba como un duro, violento martillo, que era fuerza y a veces melismas delicados. Y sentía, con tanta experiencia de colector de sabiduría tradicional que era algo auténtico, que era una expresión terreña, honda, de una tierra que estaba intentando hacer mía. Eran los Auroros.

Y eso fue el descubrimiento. Y a él le he sido fiel, en mi pobre y limitado servicio, en mi profundo amor. Porque hay que decirlo. Yo en homenaje a mi Paco Alemán, he hablado de esa Murcia del siglo XVIII, viva en muchos y de su defensa (malecones, indiferencias, tolerancias) con las aguas turbias, en suma contra la criatura de esas aguas, contra la Huerta. ¿Soy injusto?. Perdón si lo soy. Quiero poner los puntos sobre las íes, que filólogo, es decir enamorado de la palabra creo ser. Por ello quiero decir que conviene **no confundir lo popular con lo vulgar**, los maravillosos vocablos del lenguaje verdaderamente murciano con las formas deformadas no muy frecuentes, por otra parte. Y conviene saber que aquel recuerdo mío, tan vivo aún, no fue mera anécdota, sino que fue una comprensión de hombre que quiere saber por dónde van las cosas. Y esta creación que es la Aurora, creación tradicional, me llegó como un mensaje de belleza y de sentido religioso, plena obra de cultura. Porque el amor por la cultura, esa solemne y vaga palabra es amor por la creación humana. Yo, caminando riberas del Lago de Sanabria, recibí el regalo de unas flautillas de caña hechas por pastorcicos, deformados ya por el incipiente bocio. Yo me he enseñado a tañer los gimbres bereberes hechos de materiales humildes; los pastores de mis Tierras de Extremos me enseñaron a sonar las cucharas acompañando el romance de la Loba Parda, mientras sus voces eran una

vez más revelación del misterio de la tradición, en lo alto de arriscados canchos, cumbres de sierras olorosas a jara, mientras alumbraba el lucero miguero y chirriaba el aceite esperando las migas, húmedas del impalpable rocío. Eran ahincarme en la historia, la historia callada de los hombres de España; eran momentos que ahora revivían en una tierra nueva, con hombres nuevos, los Auroros, que desde entonces empezaron a ser mis amigos.

Y un día en el Museo del Hombre en París pude tener en mis manos y en mis labios los más varios, extraños instrumentos. Y estos se perfeccionan en sus timbres, en sus posibilidades melódicas y rítmicas cuando acompañan a la voz humana. Pero la pureza de esta voz, se despliega cuando surge sola, la palabra es música, pero sigue siendo palabra. La voz como instrumento tiene una relación estrecha con el significado de las palabras, con sus funciones. Y la voz humana es de plena autenticidad en el canto de los Auroros. Es honda, dolorosa como lo es en la vida dura de la Huerta. Yo en otras palabras que mis amigos del “Bando de la Huerta” me pidieron, hablo también del gozo frenético, del barroquismo popular exultante en júbilo. Recuerdo la emoción que me produjo tomar parte en el “Entierro de la Sardina”. Porque no hay rito sin exceso. ¿Es excesivo el rito de los auroros? ¿Es una mera curiosidad que el hombre urbano tolera o desdeña? Que lo digan tantos amigos de España y de fuera de España que han sentido la fuerza de estas polifonías tan llenas de sentido y de misterio. De los Auroros hablé en París, en mis cursos sobre la Música y la Literatura, y cuando me volvía a Murcia, aún pude llevar a un grupo de alumnos de la Sorbona un Jueves Santo a oír a los Auroros. Precisamente en París, la primera vez que asistí a la misa de rito oriental católico en San Julián el Pobre, descubrí lo que ya había empezado a saber; la semejanza de esas músicas litúrgicas, de raíz oriental y bizantina, con sus modos tan expresivos, con las de los Auroros. Yo invitaría a todos a que esta tarde Jueves Santo vinieran a oír a las Campanas que constantes o renovadas (hay algunas desaparecidas) ofrecerán durante toda la tarde algo que es inequívocamente auténtico.

Porque esta honda manifestación cultural, este rito secular, no recibe apoyo en el contacto, desde entonces continuo y amistoso, con los Auroros. Con él recorrí la Huerta, con él y con Luis Alvarez, director de Radio Juventud organizamos el Primer Concurso de Campanas de Auroros en 1956, después hubo otros. Y ahora debo decir que hay un hombre ejemplar, un hombre que en medio de grandes dolores, está trabajando por la vida y continuación de los Auroros. Este hombre es un creador de poesía tradicional, es uno de nuestros primeros panochistas: Nicolás Rex. Este hombre dedica horas a recorrer las pedanías – a veces le he acompañado – haciendo un impagable servicio de persuasión y entusiasta ordenación de las viejas campanas, algunas como la de Monteagudo ya casi muertas. Este hombre es, justamente, “Panocha de Oro”. La panocha, símbolo real que une y yo lo veo ahora, lo estoy viendo, la realidad del humilde panizo, del maíz (traído por los indios). Y estoy viendo como otro símbolo, como un monumento natural, la roja roca, la Panocha, vecina a la Cresta del Gallego, que hace dos días veía yo de cerca, en una de mis andanzas por esos cabezos y serrijones prodigiosos de belleza, desde los cuales la mirada acaricia a la Huerta (y hay que recordar otros cantos de trabajo).

Dentro de dos días barroco jocundo. Hoy barroco patético, expresando en las arcaicas polifonías cantadas por devoción por hombres cuyos rostros parecen de imaginero en madera. Hay que oírlos, pero también verlos, ver cómo esos rostros curtidos por los helores y los ardores; tensa atención para entrar en el momento preciso en las alternancias antifónicas. Emoción profunda, porque eso es rito personal, no dedicado a un público. En suma oyéndolos se evoca toda la Huerta, son sí, “Voz Profunda de la Huerta”.

En esos momentos, en 1963, ya había empezado una decadencia de las Campanas. En la década anterior, siendo yo Delegado de Educación del Movimiento, impulsé con otros amigos y con el Director de Radio Juventud, Luis Alvarez, como ya he dicho un primer Concurso de Campanas de Auroros. De las actividades preparatorias recuerdo la grabación que hicimos en la Iglesia de Monteagudo, con dificultades técnicas; creo que se terminó grabando al aire libre. Y en esa tarde, luminosa, clara, las voces de estos viejos auroros, dirigidas por quien fue un amigo, el Tío Juan Pedro, volaban sobre una Huerta aún en su belleza extendida, aún sin las destructoras edificaciones posteriores. Era la misma Huerta que contemplé, atónito, el mismo día que llegué a Murcia en 1950, verdor vario de los banales, y centenares de palmeras. Así estaba entonces llena de hermosura, y así la contemplaba mientras iban naciendo de la boca de mis amigos los Auroros, las salves, el Sacerdote, y sobre

todo ese milagro, hoy perdido que es la Correlativa. Sonaban una y otra vez, porque había que repetir las grabaciones. La tarde iba declinando y cuando terminamos, cambiamos de rito, bajamos al pueblo, y allí en una taberna, cenamos cabezas en pebre, descubrimiento para mí, inolvidable también.

Tiempo después a finales de los años sesenta, las renovación litúrgica derivada del Concilio Vaticano (tan dañina para la música religiosa) parecía exigir algo que moviera más a los jóvenes. Y Nicolás Rex me hablaba de que algunos jóvenes párrocos hablaban en contra de la música religiosa folklórica..., la de los Auroros. Incluso alguna Campana recibió la prohibición de cantar en la Iglesia. Entonces publiqué en una Revista de las Fiestas este artículo:

4

• **Recuerdo e invitación para oír a los Auroros**

Una vez más, repitieron sin repetir debo hacer una recordación para murcianos de lo que significa esa tradición profunda del arte de los Auroros. Dos amigos que me enseñaron a hacerme raigal en esta tierra, Garrigós, Nicolás Rex, dio uno, da el otro donación de muchas horas de un vivir nada ocioso a la ilustración y defensa de esta faceta inaccesible del arte popular. ¿Podré pedir a los murcianos que estimen, de verdad, esta maravilla que, especialmente en los días pasionarios, en el Jueves Santo, despiertan sorpresa y deleite en quienes la oyen por primera vez? ¿No podría incorporarse de una manera más completa, tal como se hizo en otras ocasiones a la liturgia de las procesiones? En el desfile del Silencio, un año fueron las voces de los Auroros los que quebraban esa honda ausencia de cualquier son, y lo hacían con un sentido que daba plenitud a la experiencia religiosa. No olvidemos estas tradiciones nuestras en estos momentos, no olvidemos que son signos eficaces que despierten sentimientos dormidos. No acallemos las salves de los Auroros, para introducir melopeas francesas o espirituales negros. Porque en Francia, en un “perdón” de Bretaña, en una romería provenzal tienen sentido melodías y palabras que son intraducibles, y en Italia la nueva liturgia está estudiando melodías religiosas medievales. Y en la doliente América negra, en el doliente mundo negro de los Estados Unidos muchos espirituales son restos de ancestrales melodías africanas que se encuentran en la vieja cuenca del Mediterráneo. Seamos auténticos y raigales, no imitativos so capa de modernos. Pidamos a nuestros músicos, a nuestros poetas que atiendan a nuestra petición (un joven músico autor de música para marionetas, que tiene algo que ver conmigo, introdujo temas de auroros en una de sus obras) a que sienten estas terruñeras tradiciones, verdad de siglos.

Y otra vez lo digo, oigamos, con pasión y amor a nuestros Auroros con los que, otra vez, convivirá el Jueves Santo, para aprender de sus palabras y sonos, para sentir esa Voz Profunda de la Huerta, ese mensaje que todos deberíamos apreciar y valorar.

Yo llamo a los más jóvenes. Los llamo a este prodigio que puede ser imperfecto como realización, pero que en ello encuentra su auténtica gracia y densa calidad de tierra, de tierra madre, de verbo verdadero. ¿Cuándo un libro sobre los Auroros? ¿Cuándo un recuerdo de tanta belleza?. Yo llamo a quienes tengan la posibilidad de hacerlo, a la fijación de esa obra temporal, hecha de esa materia que es la tradición, que como toda obra de ese carácter puede perdurar o perderse para siempre. Y ello no será perdonable. Convoco a todos los murcianos, frente a la Iglesia de Jesús, el Jueves Santo por la tarde, los convoco yo, peregrino en las tierras de España, arraigado aquí, yo que gozo con todo lo que es raiguero en España, con su palabra su estudio y enseñó, con su música de la que gozo, con sus creaciones que reúno, con su espíritu que quisiera tener, ¿Acudirán?.

Poco a poco se iban afirmando algunas cosas. En esa vida peregrina, como buhonero de la lengua española por el mundo, me fui a dirigir el Instituto de España en Munich, y pude gozar de la música tradicional religiosa, más del ciclo de Navidad que de Pasión. Pero en Murcia, ya definitivamente, se incorporó la preocupación por los Auroros a la Academia Alfonso X el Sabio, en la figura de Carlos Valcárcel. Desde mi ausencia europea le escribí esta carta:

“Tampoco habré estado, querido Carlos, este año, el Jueves Santo enfrente de Jesús oyendo (y hasta medio cantando) la voz profunda de la Huerta, los Auroros. No iré después,

como alguna vez con mis amigos del Rincón, a comer atún y habas, y no acompañaré a algún amigo a descubrirles esa maravilla que, como los jardines barrocos, eran para pocos. Y tampoco he estado en tu entrada en nuestra Academia de Alfonso el Sabio, ahora en creciente vida (con apoyos generosos de mi amigo Portillo).

No, este Jueves Santo, de tiempo cambiante, entre neviscas y soles, con una primavera vacilante por los cambiazos de temperaturas, estaré en la afanosa preparación, siempre con falta de tiempo, de otro viaje, de otro coloquio de profesores de español, en Vileneuve-sur-Lot; el año pasado fue, también, en Semana Santa, en Maguncia; el año anterior en Granada. Y otra vez para afirmar el puesto de nuestra lengua en Europa y analizar los problemas de una Europa plurilingüe. Pero también para plantearnos uno de nuestros dolores, el de los emigrados y emigrantes, e intentar también (yendo a por atún y a ver al duque) una precisión de la figura de los asistentes de español e institutos europeos. Porque esta idea de que Europa es algo, maravilloso, unitario, creo que no la tiene, con su entusiasmo encendido, más que Antonio de Hoyos, cuyo discurso me he perdido también, me he perdido su saber y su poesía.

Lo que queremos precisar, una vez más, es que Europa, y los pueblos de Europa son en sus culturas, unas variaciones infinitas sobre unos elementos comunes, y que además la cultura en sus formas más logradas y universales están radicadas en una extensión por entre los límites de capas sociales, de grupos o de núcleos. Quizás en Murcia haya habido una separación entre lo urbano y lo huertano, ya me he referido alguna vez a ello, y en el caso de los Auroros tú sabes muy bien que a veces éramos muy pocos los churubitos que estábamos con una emoción intensa oyendo a las campanas (yo, por ejemplo, nunca vi a un alcalde allí).

Estoy deseando leer tu discurso, y espero poder hacerlo dentro de pocos días. Pero recuerdo cómo en mi proceso de murcianización, sin perder mi entrañado amor a mi tierra extremeña, el descubrir la maravilla de los Auroros fue un poco importante. Y abocado siempre a la tarea de la extensión cultural, que heredé de mis maestros en la tradición de la institución libre, me preocupé, como delegado de Educación de Falange, y con mis camaradas de Radio Juventud, de organizar un concurso de Campanas, apoyado también por el Archivo de Tradiciones Populares de la Universidad, que creé apenas llegado a Murcia. Aquello me ha dejado un recuerdo inolvidable (y una “púa” de mil pesetas, de las de entonces, de un premio que en nombre de la Delegación creé para desempatar a dos campanas, una de ellas creo la del Rosario, otra la de Monteagudo). Recuerdo aquellas vueltas por la huerta grabando los cantos, con el director de Radio Juventud cuyo nombre se me ha ido. (Recuerdo cómo sonaban las voces de los Auroros en el altozano - ante hostianum - de la Iglesia de Monteagudo, y cómo volaban por la huerta, y cómo sonaban después, comiéndonos en paz de Dios unas cabezas y bebiendo el buen vino siempre prometido a los juglares). Era entonces Garrigós, el amigo de Salinas, de Guillén, de Harri Meler y de Charles Aubrun, quien era el “protector de los Auroros”. Antonio de Hoyos, siempre entregado a las cosas de Murcia, nos acompañaba.

Después, la desidia churubita hizo que nada hiciera de importancia. Creo que incluso las cintas grabadas en tantas horas de andanzas huertanas y en el concurso se borraron... no lo sé. Fue después la Academia de Alfonso el Sabio propuesta, no se si mía o no, la que encomendó al inolvidable Nicolás Rex, la cuna de los Auroros. Fueron años de buena colaboración: don Nicolás me llamaba incansablemente, venía por mi Seminario, trabajó con el cuestionario de habíamos publicado, Pepe Guillén, Eusebio Aranda y un servidor, de ahí salió un espléndido trabajo sobre la Navidad en la Huerta; don Nicolás visitaba las pedanías, y entonces..., las resistencias eran otras. Esas otras resistencias, y tonterías postconciliares, los nuevos estereotipos creados por quien quieren creer más que razonar; la “religiosidad folklórica”, el no dejar cantar las campanas para meter a grupos cantando negros espirituales (lo que me ha entusiasmado oír en Atlanta (USA) y me gusta oír como espectáculo, pero no como rito) ¡Pobre y querido don Nicolás, cómo luchó!

Todo eso, querido Carlos, lo sabes tú muy bien, y lo hemos comentado. Y espero que tu presencia en nuestra Academia fortalecerá a los Auroros. Y espero también que esos muchachos que ahora vuelven a lo tradicional, a las raíces de nuestras culturas, extiendan lo que aún quizás no se haya perdido.

Precisamente en Villeneuve-sur-Lot queremos mostrar a los franceses que esos temporeros que llegan del Sur de España poseen una honda cultura popular. En un ámbito de tan enorme densidad cultural en el que vivo (a medias) aquí en Munich, lo popular está integrado, y aún más en Austria. Y hay misas tradicionales maravillosas, y por otra parte las Corales de las Pasiones de Schuiz o de Bach, los motetes renacentistas se cantan en las iglesias, luteranas o católicas. Y muchos de esas corales no son sino viejas canciones populares contrahechas (me refiero al contrafactum) por Lutero y nuestras pasiones populares, la música por toda España por todos los pueblos de España, es algo que debe vivir, no es arqueología.

Sé, repito, que hay muchachos que están en tensa busca de lo popular, y sé que para ellos los Auroros, que tienen ya voces jóvenes en sus Campanas, representan un tesoro deshecho por la incuria, pero que aún puede resucitar. Tú puedes ser en ello decisivo. Por ello mi alegría por tu incorporación a nuestra Academia, con el nombre de aquel rey que supo enseñar a cantar en dos de las lenguas de España, el buen don Alfonso”.

Después de estas ensoñaciones desde fuera de España, a mi vuelta a Murcia, acudía, cuando podía, cada Jueves Santo a San Andrés a oír a los Auroros. Pero desgraciadamente comprobaba que el auditorio era cada vez más reducido. Creo que hay que buscar una explicación en el mismo carácter del rito; el canto de la Aurora es un acto colectivo de participantes con un compromiso personal, es oración y no espectáculo.

Sin embargo la misma vitalidad de las Campanas, el voluntarioso empeño de algunos, condujo a un nuevo tipo de realización, no actual, pero afirmativo de la entidad del grupo, los encuentros de Campanas. Ya no hay en ellos esa rivalidad que yo recordaba de aquellos lejanos concursos, ahora la intención era más de manifestación de los valores de cada Campana, sin mengua del reconocimiento de los de las demás. En 1990 se cumplía el Centenario de la fundación de la de Nuestra Señora del Carmen, del Rincón de Seca. Aunque yo siempre estimé la valía de todas las Campanas, debo confesar que con esta tenía una relación más personal. Rara vez, en el rito de los Aguilandos en la plaza de la Cruz, en días navideños, dejaba mi amigo Gambín de dedicarme uno de ellos. Así acudí al Rincón de Seca, a esa Conmemoración. Después de la Misa (lejanas aquellas tontas retenciones postconciliares), en la audición asistía un público que era radicalmente pueblo, y creo que a pesar de ser espectáculo, había la emoción del rito. Hubo también otro hecho, y es la presencia de autoridades municipales, que manifestaban su interés, y empezaban a apoyar a la Aurora.

En el acto que se celebró me honraron invitándome a hablar, y expuse lo que tantas veces había dicho. La intensificación necesaria de la participación de jóvenes, y que hubiera un apoyo social y político. Pero como en la política y en las vigencias de mentalidades, estaban surgiendo, desde hacía quince años, la intensificación de una de las funciones de la actividad del saber popular que es la afirmación de las señas de identidad de grupos sociales, regionales, nacionales, más como interés político que como conciencia real, me referí al valor en sí de nuestra tradición de la Aurora, sus calidades, pero dentro de un conjunto cultural más amplio, en el espacio y el tiempo. Cuando volví a mi casa, las emociones se hicieron reflexiones y escribí esto en La Verdad:

• Siempre con los Auroros

Con los auroros, siempre, toda Murcia debe estar: la churubita y la huertana. Con más finura lo diré: la ciudad, con sus nobles edificios y la renovada tradición generacional de sus hombres, creadores o amadores de Letras y Artes, y la Huerta con sus ritos y sus gozos. Cultura elaborada con perfección, recibida con social deleite, cultura tradicional, con renovada transmisión, a veces en lo que llamamos estado latente, estado oculto, y que al salir de luz, por esfuerzos no inferiores en importancia a los que sacan obras de la mano del hombre de su sepulcro bajo tierra, manifiestan como un todo la conjunción de lo universal y de lo local.

Auroros, mis auroros, porque siendo un transterrado correspondía a la delicada acogida que recibí aquí, hace casi cuarenta años, entrañandome en la amistad de quienes

tenían el arte de crear y de gozar en una delicada y densa vida social, y también en la Huerta, y entrañándome también en el rito de los auroros, desde que un inolvidable Jueves Santo de ese milagro de cultura que es la Semana Santa murciana, oí lo que he llamado siempre la Voz profunda de la Huerta, pareja a sus alegres voces y ritmos, honda voz que se manifiesta aquí, como en otras tierras, desde Italia a Extremadura, en formas distintas, pero con una música mucho más que centenaria, sin arriesgar mucho, diría que milenaria, como sabemos por los estudios de quienes a ello se dedican, también en Murcia”.

Como se ve me refería a una distinción que no puede ser absoluta entre la cultura en la que la tradición, las constantes culturales se fijan en figuras, y la tradicional renovadora. Pero en el caso de las canciones de Auroros parece, hay una cuidadosa conservación de formas, palabras y sonos. Pero un estudio integral de todos los textos y de las melodías, mostraría quizás variantes, reflejo de la historia de esos textos audiorales. Ya han hablado de los distintos estilos de las campanas y de las variantes en música y texto, musicólogos etnógrafos, y lo hacen también en diversas contribuciones a este volumen.

Esto se manifestó en otro Encuentro de Campanas, este en Javalí Nuevo, el 14 de abril de 1991. Había acudido yo a la cordial invitación de la Campana “Virgen del Rosario”. Era una mañana, clara, luminosa. Como me fue imposible entrar en la atestada iglesia, me fui a dar un paseo, siguiendo cauces de acequias, contemplando el milagro de los bancales. Y como tantas, tantas veces, diálogos, hice preguntas sobre nombres, en teste caso de plantas, gozando de la belleza de la auténtica palabra murciana.

De nuevo se encontraban Campanas huertanas, pero también las de Yecla y de Jacarilla (Alicante) que ofrecían particularidades en sus cantos. A diferencia del carácter de coros antifonarios, la yeclana ofrecía otro tipo, la alternancia de solista y coro, forma existente con constante abundancia en el espacio y en la historia. La de Jacarilla, a la que acompaña una rondalla, la obra que ofrecieron posee en la melodía, modulaciones que restauran el arcaísmo. Variedad en la unidad de la belleza. Ahora eran las más cercanas las que se unen en una unidad de lengua y cultura que tenemos que volver a llamar el Sureste.

Pero aquí, en esta ocasión, pudimos en el acto de audición, gozar de otra manifestación, en este caso con matices más sociales, la de los Aguilandos, no estaban en su contexto los religiosos, pero funcionaban los “saludos”, la estrofa cantada por el trovero, se relaciona como género, precisamente con los trovos, es decir con la improvisación. Esto hace difícil la recogida y comparación de textos, pero indica como hay elementos de oralidad tradicional. Los “saludos” representan una forma de comportamiento social: se rinde homenaje a los anfitriones, al pueblo, a sus hombres y mujeres, y después también a personas determinadas. Así en estos Encuentros domina la solidaridad sobre la individualidad excesiva.

El siguiente encuentro a que asistí fue en Santa Cruz, ya hacia Alicante. De nuevo se unían campanas de la Huerta con las de altiplano, y la de Catral, de la Vega Baja. Mis impresiones quedaron recogidas en este artículo de La Verdad, del 9 de octubre de 1991:

• Auroros de Santa Cruz

Otra vez en la huerta. No en aquella que hace cuarenta años iba descubriendo en su belleza, revelación del ser, en bancales con la riqueza de matices, pero también testimonio de la mano del hombre. Pero visión rápida de paso iba camino de Santa Cruz. Menos conocía esa parte, mi alta de movilidad (como se dice en Iberoamérica), es decir mi esencia de peatón, me limita mucho. Pero iba camino de Santa Cruz, a vivir la voz profunda de esta huerta, que es más que murciana, pero dejemos esto hoy. En mi múltiple amor por la Aurora, mejor por los auroros, he ido viviendo y sufriendo la vida de las campanas. He hablado de mis recuerdos y también, por qué no, de mis servicios a la continuidad de esta manifestación religiosa, y por ello cultural, que por lo visto no es un bien cultural, dejemos también esto.

En un país poco solidario como el nuestro, hay que destacar, con gozo, la muestra de hermanamiento que son los encuentros de campanas de auroros. Este domingo, día 6, víspera

del día de la Virgen del Rosario, era la Campana de Santa Cruz, la que recibía a las de la Vega Media y lo que es muy importante a otras de la Vega Baja – Catral – y del Altiplano Yecla. En esta ocasión dominó la función religiosa en la Iglesia y Ermita Vieja. Si el canto de auroros es en esencia más de aire libre que de limitación en un ámbito, tampoco hay incompatibilidad y el domingo se manifestó esa variedad de ambientes. Cada una de las campanas, Rincón de Seca, Javalí Nuevo, Catral, Yecla y Santa Cruz cantaron con emoción y creo que con perfección. La voz profunda de la huerta se hacía ofrenda en la misa. Y quiero destacar la importancia de la renovación en la de Santa Cruz. Después de una historia que arranca en el siglo XVIII, hubo etapas distintas, pero desde hace tres años, ha alcanzado organización y calidad.

8

Sentido religioso, sí, pero, como en Guerrero o como en Bach, perfección de la palabra en la voz cantada. Polifonía llena de belleza, y en esta belleza hay que estimar la autenticidad de los timbres, timbres espontáneos, no elaborados. No se olvide que la calidad de esos timbres, en toda manifestación vocal tradicional, tiene unos valores en su ejecución directa, en sus componentes de asperidad, de agudos que son como cantos de pájaros. Virtud y nobleza, arte y naturaleza, era aforismo de quien supo entender y recrear la vía hace un momento, en uno de los lugares aptos para el field-work, o séase el trabajo de campo, que en un bar, mi amigo y maestro en cosas de auroros, el auroro Joaquín me insistía en esa naturalidad. “Cantamos naturalmente”. Y ese canto hecho de naturaleza y arte, se manifestó en su plena belleza en su pleno sentido, el domingo pasado, en Santa Cruz.

Pero quiero añadir algo muy importante. Esta Campana de Santa Cruz ha renacido con fuerzas, en estos años, gracias a un empeño en que se reúnen viejos y jóvenes. En la vida de la tradición, y especialmente en el de la oralidad, las variantes con la vida de la obra, pero estas pueden estar ya fijadas en variedades, siempre abiertas a la pérdida o a la desintegración. Hay unos dinamismos en la oralidad que se relacionan con la escrituralidad; en realidad hay otras tradicionales como en este caso la Aurora, que podemos denominar, con una designación que se está abriendo ya paso en los estudios oralistas que es el de la “escrituralidad”. Pero aparte de esto, la Aurora como conjunto de grupos, y cada uno de ellos, está sometido a la vida tradicional de las instituciones tradicionales: tensiones entre lo urbano y lo rústico, tensiones entre la aceptación por las clases “dominantes”, la tolerancia y el rechazo. Tolerancia o rechazo matizado ha sido, me parece, la actitud del núcleo social y cultural urbano, hacia los Auroros. Ahora lo que hay que hacer, como en este caso es trabajar por la fijación selectiva y la actividad continua.

Esa presencia de la Vega Baja se hizo patente en Catral, el 13 de octubre de 1991. Era el séptimo encuentro (desgraciadamente yo no había podido asistir a muchos). Como he dicho antes creo que estos Encuentros tienen un sentido muy profundo: el de la solidaridad, el de la comprensión, que corrigen las tendencias, esenciales en los grupos, de afirmar la superioridad del propio. En Catral se reunieron Hermandades y Cofradías de Albaterra, Algorfa, Benijófar, Benferri, Callosa de Segura, Jacarilla, Redován, Rincón de Seca, Santa Cruz y Catral.

Haría falta unas anotaciones más pormenorizadas, pues ya esas diferencias a que me refería páginas atrás se manifiestan en estos grupos. Mayor presencia de rondallas, participación necesaria de voces de mujeres, que por otra parte dan, con su carácter peculiar, con sus timbres agudos y algo ásperos, rasgos que ya enseñan estas obras, aún debida en su ejecución a causas aleatorias, con todo el estilo de música vocal femenina de muchos ámbitos culturales.

Ahora quiero pasar a otras experiencias, de lo patético a lo jubiloso. Dos géneros, sobre todo uno, representan ese carácter alegre, **los Aguilandos y los Mayos**; me referiré a los primeros, ya que los Mayos, muy bellos, han reducido su amplio simbolismo a lo religioso.

En los días de la Navidad hay gozosas reuniones en la Plaza de la Cruz, junto al Belén (de calidad y gusto más o menos discutible). Los aguilandos responde a una también secular tradición, por diversas razones he tenido una especial afición a la música navideña, y algo he escrito sobre ella, aparte de muchas conferencias dadas en Murcia, en cursos de la Sección Femenina. Quiero hablar de la particularidad diferencial que es el acompañamiento con rondalla, y también el de la alegre belleza de las melodías y la disposición de los periodos, con el vigoroso arranque del solista, su descenso en una segunda, y después, siguiendo esa tendencia melódica descendiente, tan característica de la música tradicional, la intervención del

coro, y también del auditorio con un estribillo que cambia según las Campanas (las más frecuentes invocaciones a la Virgen: Digamos con alegría que la Virgen del Rosario sea nuestra compañía) después del verso de repetición del último de la estrofa, estructura que tiene muchos antecedentes en la historia de la métrica. Pero estas observaciones imprecisas tendrían que ser desarrolladas en un trabajo de investigación en equipo. Al releer lo escrito, antes de ofrecer algunas conclusiones, se me despiertan muchas dudas sobre su valor en cuanto contribución al conocimiento y valoración de la Aurora. Hay desde luego, y ello ha sido mi propósito, la presentación de testimonios de gozo, emoción estética e intelectual en la recepción de estas manifestaciones tan arraigadas en esta tierra, que como decía antes, he querido hacer mía, como voz de esa sinfonía que es España en la variedad y unidad de sus paisajes, de sus cosas, de sus hombres. Esa modalidad de recepción, sin responder estrictamente a condiciones de esa Estética de la Recepción, que cultivan y cultivamos desde hace unos años, puede manifestarse en la forma en que lo he hecho. Hay, naturalmente repeticiones, es una nota de los textos periodísticos cuando se reúnen, pero recordemos (con Kierkegaard, creo) que quien no repite es un deleitante, quien repite sin entusiasmo es un fariseo, sólo quien repite con deleite, con entusiasmos como quien recibe algo que ya será suyo, es un hombre.

Quizá mis vivencias, experiencias y en parte, trabajo, puedan contribuir a la afirmación de los múltiples valores que tienen los textos de la Aurora. Una aplicación de modelos culturales sería impertinente, aunque ya he avanzado algo. Por ello será necesario seguir gozando con esta obra de unos pueblos, obra tradicional, producto de la herencia y de la recreación, en la que tiene que colaborar todo el Pueblo, entendido, como ya nos enseñó el Rey Sabio como ayuntamiento de mayores, medianos y mínimos. Mínimo soy en el conjunto de estos textos, quizás cambie la orientación y me inclinaré a lo estudioso, pero no dejaré de partir de lo que también es esencia de lo estético, la sensibilidad, el goce, y del ser humano, la religación, la Religión, entendida como fe o como búsqueda. Pero no dejaré de seguir amando a los Auroros, en tanto que el tiempo termina entre mis brazos.